

I. ESA SERÁ TU OPINIÓN

«Pero el lenguaje no sólo crea y piensa por mí, sino que guía a la vez mis emociones, dirige mi personalidad psíquica, tanto más cuanto mayores son la naturalidad y la inconsciencia con que me entrego a él (...). Las palabras pueden actuar como dosis ínfimas de arsénico: uno las traga sin darse cuenta, parecen no surtir efecto alguno, y al cabo de un tiempo se produce el efecto tóxico (...). Pero los tópicos acaban apoderándose de nosotros».

VÍKTOR KLEMPERER

Como en casa, en ninguna parte

Si este gastado cliché sólo quiere transmitir añoranza del hogar, sentimiento de lo propio como lo acogedor y más entrañable..., nada hay que reprocharle. Somos de un lugar y miembros de un círculo familiar, hemos crecido dentro de un paisaje doméstico y amparados por unos muros protectores. Es natural que en ellos encontremos nuestro más cálido refugio.

1. Pero con demasiada frecuencia, y por regla general entre las personas más acrílicas, esa expresión entraña actitudes poco o nada presentables. Significa sobre todo que lo mío, y después lo nuestro, es mejor tan sólo por ser mío o nuestro. Mis cosas (mi comida, mis costumbres, mi equipo de fútbol, mi modo de vivir, etc.) valen más que todas las de los otros. Son éstas otras que, por lo general, no conozco y a lo más imagino desde mis torpes prejuicios. Eso implica que lo ajeno, nada más que por ser ajeno, no me interesa o me interesa menos. Una cita oportuna de Flaubert: «COCINA. Casera. Siempre sana». Quien pronuncia el tópico cree que ya ha conocido todo lo que hay que conocer, porque da por supuesto que nada tan valioso puede encontrarse fuera de su tierra. Semejante autosuficiencia le ahorra toda curiosidad, le evita cualquier referencia exterior y, a fin de cuentas, le protege del riesgo de que lo suyo pudiera salir tal vez perdedor en caso de entrar en la comparación.

Lo que consagra este lugar común es el rechazo de toda actitud inclinada a la autocrítica. La conducta más propia de quien lo invoca es la repetición: tiene que volver a hacer lo mismo que siempre hizo, que es a su vez lo que presuntamente hicieron sus antepasados. «El que a los suyos parece honra merece», reza un dicho de mi tierra, como si fuera también digno de aplauso quien imitara lo peor de sus padres. Llama la atención esa acti-

tud moral tan minúscula y primitiva. Alguien que no podría vivir sin servirse de gran parte de las conquistas del tiempo presente manifiesta que desea vivir de acuerdo con las categorías del pasado tal como se las transmitieron en su casa.

Es comprensible que tales personas se junten tan sólo o preferentemente con los del mismo origen, para así ver reforzada esa emoción de pertenencia. Si por casualidad y contra su voluntad uno de ellos cae en otro grupo, ese individuo se arriesga a hacerse antipático a los otros. Y es que, salvo situaciones extremas, nos agrada quien valora lo suyo —porque eso coincide con nuestro propio sentimiento respecto de lo nuestro—, pero nos irrita quien lo sitúa por encima de todo y desprecia lo de los demás.

Su traducción política más conocida empieza por el chauvinismo localista y termina en el nacionalismo en cualquiera de sus figuras. *Right or wrong, my country* es una de sus fórmulas acuñadas. Lo chocante de ella es que no oculta que el amor a su país está más allá de que lo merezca o no, que se instala al otro lado del derecho. En lugar de creer que la patria de cada cual estará donde se encuentre bien (*ubi bene, ibi patria*), proclama que donde esté la patria allí por definición se encontrará lo bueno. Lo terrible, en definitiva, es que semejante parcialidad puede abocarles a cometer con excelente conciencia cualquier vileza contra los extraños. Pero a sus ojos no habrá injusticia, porque unos y otros se llevan su merecido: los propios por ser los mejores, los extraños por ser peores.

2. No merodea lejos de aquél ese otro tópico por el que uno declara con orgullo, pongamos por caso, *ser de Sangüesa de toda la vida*. Al fin y al cabo, la casa de uno es su familia, pero también el lugar donde habitó y creció.

Aunque hoy ciertamente venido a menos, aquí el absurdo estriba en llegar a medirnos por el marco local y no tanto por el valor de nuestra existencia dentro de ese marco o fuera de él. Los propios méritos de uno se encarecen comparados con los supuestos méritos del pueblo o ciudad en que nació o reside. Para empezar, se da a entender que nuestra tierra ha sido cuna de gentes de bien o incluso de celebridades que la historia canta en sus crónicas (como si hubiera alguien de nosotros que no cuente entre sus antepasados a gentes de conducta más que du-

dosa). Expresamos nuestra satisfacción de no habernos contaminado con lo exterior. No ha habido mezcla con forasteros, ni nos hemos dejado empapar de otras costumbres y convenciones, pues no hemos descreído ni por un instante de las nuestras. Nadie tiene motivos de reproche contra nosotros, nuestra pureza vecinal permanece intacta.

Ese «de toda la vida» es muy significativo. Y no digamos si, como se escucha en tierras andaluzas, se trata *de toda la vida de Dios*, o sea, de la vida eterna (*¡desde que el mundo es mundo!*). Nuestro timbre de gloria no radica tan sólo en ser de este o de aquel sitio, gracias al honor que le corresponde a nuestro pueblo y que este pueblo generosamente nos traspasa. No radica en residir aquí durante un largo período de tiempo, sino en el deseo o en la imaginación de serlo desde siempre. Es la antigüedad, el provenir del fondo de los tiempos, el arraigo de mi estirpe afinada aquí de generación en generación, etc., el que nos confiere a los de este lugar tan inmenso privilegio.

3. Esa conciencia se hace notar sobre todo en momentos culminantes, como las fiestas populares. Lo primero que esas fiestas celebran es que somos *lo que somos*; para ser más exactos, que principalmente somos gente de este pueblo, país, club, cofradía o de lo que se tercié. No podemos festejar la mayor o menor singularidad de cada cual, sino la presunta singularidad del colectivo y lo que por tan fausto motivo nos toca en ello. Aceptemos entonces como inevitable que la fiesta engulla todo lo personal en la impersonalidad del colectivo, que cada cual deba suspender durante unos días lo más propio de uno para conmemorar lo propio del grupo.

Celebramos —o nos hacen celebrar— *cómo somos* y, para que tal cosa tenga algún sentido, ese pretendido modo de ser habrá de suponerse algo destacado, excepcional, un rasgo que los paisanos o participantes poseemos casi en exclusiva. Ese rasgo tiene que ser distinto del de los otros vecinos y, si nos falta ese carácter peculiar, lo inventamos. Es verdad que, a la postre, no somos tan distintos y acabamos copiándonos unos a otros para no ser menos en los rasgos más característicos. Pero lo que importa es distinguirse. Cuantos menos individuos seamos miembros de algo o de algún sitio, cuantos menos poseamos una propiedad que juzgamos muy valiosa, más nos toca de ella a cada uno de

nosotros. Seguramente por eso la mera humanidad, que nos identifica y de la que participamos junto con todos, representa para muchos el rasgo humano menos interesante...

Claro que los mayores celebramos también —y esto suele desconocerse— ser precisamente *los que quedamos*, unos supervivientes. Venimos a decir que nos alegramos de seguir vivos, pero eso mismo implica acordarse siquiera de pasada de quienes faltan. Las fiestas, en su enlazar los años pasados con los actuales, hacen presentes a los ausentes, resucitan regularmente a los muertos. Por ahí parece desvelarse el fondo último del que emanan estas efusiones colectivas. Es el deseo desesperado de que nada cambie, de que todo siga igual, de que uno no muera o, si individualmente muere, que sobreviva en el colectivo. Aspiramos a la permanencia a través de la pertenencia. El gesto primordial de la fiesta es la rememoración y la reiteración de lo mismo. Que todo sea de nuevo como ha sido, como recordamos que era, nos ofrece la falsa ilusión de que nunca dejará de ser; mejor dicho, de que *yo* sigo siendo el que fui y que no dejaré de serlo. Todo ha de ser como fue, por más que ese «fue» no cuente a veces ni diez años de existencia. Pero su institución reciente vino con el propósito de que permaneciera para siempre..., como queremos permanecer nosotros mismos.

Déjate llevar por tus sentimientos

Escuchemos esta consigna general de nuestro tiempo, una recomendación tópica que saca a la luz las entrañas morales de esta sociedad, una radiografía de lo que nos está pasando. Seguramente nace de ese propósito de autenticidad —hoy tan ensalzado— que pide a cada cual ser uno mismo, sin dejarse influir por nadie ni por nada, ni siquiera por nuestra reflexión o la ajena. Es la muletilla que exhorta a atenernos a los propios sentimientos como los criterios últimos del valor moral de nuestra conducta.

1. Lo primero que sorprende en doctrina tan simplona es saber que lo que nos expresa más a fondo y sin contaminación alguna es el sentimiento, y no el pensamiento. La razón adviene al hombre como algo secundario y posterior, más prescindible o en todo caso menos de fiar. Al final, quien debe llevar el timón de nuestra existencia es la emoción de cada momento. Y en justa correspondencia, la consigna debe exigir el respeto incondicional hacia esos sentimientos, sean éstos cuales fueren. «Está usted hiriendo mis sentimientos», se les enseña hoy a los niños desde la escuela a replicar a quien les suelta algún juicio que les contraría.

En paralelo con el tópico concerniente a las opiniones, se supone que todos los afectos son asimismo respetables; más aún, un límite infranqueable e intocable en las relaciones humanas. En cuanto nos acerquemos al terreno de las emociones, vayamos con mucho cuidado y, por si acaso, demos un paso atrás o preparemos ya nuestras disculpas. Pero habrá que arriesgarse también aquí a decir que no todos los sentimientos valen por igual. El odio, por ejemplo, no parece tan respetable como la compasión ni la envidia ante el ser excelente lo mismo que su

admiración. A menos que pervirtamos nuestros juicios morales, tampoco cabe cualquier sentimiento ante las variadas situaciones de la vida. La desvergüenza no resulta adecuada allá donde debería regir el pudor, ni la alegría tiene cabida en el momento y lugar en que reina la mayor desgracia. Y luego hay grados que pueden transformar la naturaleza de alguno de ellos: por ejemplo, la indignación puede conducir al deseo de justicia, pero también a la aniquilación del contrario.

Claro que estos distingos están de más si las emociones nos invaden sin nuestro permiso y, por tanto, si no somos responsables de ellas, ni podemos cambiarlas ni tenemos derecho alguno a juzgar o a pretender transformar las emociones del vecino. Por primitivos que sean, hay que dejarse arrastrar por nuestros sentimientos; a las pasiones toca padecerlas, o sea, comportarnos pasivamente ante ellas. Por eso en estos tiempos se nos aconseja sin remilgos *hacer lo que nos pida el cuerpo*, que significa dejarse llevar por el gusto, la impresión, la seducción o la comodidad del instante. Por eso es más complicado que nunca distinguir entre el *apetecer* y el *querer*. Es decir, entre lo dependiente del momento, lo pasajero o particular y lo que está en manos de nuestra firme voluntad, lo duradero y general. Desde la dictadura del mero apetecer, para muchos no hay criterio más definitivo de conducta que el *me encanta* (o *me mola*, si uno es un chaval) o el *me horripila*. Nada cuenta la inteligencia, ni sus razones ni sus distingos; sólo cuenta el sentimiento, el *feeling*.

El ambiente contemporáneo está dominado así por lo que se ha llamado el «culto a la emoción», que se explicaría como una simplista rebeldía contra el pasado predominio de la razón no menos simplista. Tras haber sido objeto de sospecha mayoritaria en la historia de la filosofía y, por supuesto, para la doctrina y la práctica cristianas, las pasiones han pasado de ser reprimidas a ser reivindicadas. Emocionarse es ahora siempre bueno, mientras que razonar puede ser perverso. En este movimiento pendular que hoy entroniza los sentimientos, pero al precio de su tajante escisión y hasta oposición respecto del pensamiento, los que salimos perdiendo somos los sujetos morales.

2. Y es que los sentimientos son los *motivos* tanto de nuestras acciones como de nuestras omisiones, los impulsores o inhibidores finales de nuestra conducta. Victoria Camps comienza

su libro sobre las emociones con esta pregunta: «¿Por qué es tan difícil que la ley moral dirija efectivamente nuestras vidas?»; y ofrece una respuesta inmediata y esclarecedora: porque «no basta conocer el bien, hay que desearlo; no basta conocer el mal, hay que despreciarlo». Saber en qué consiste ser valiente o generoso no nos hace adquirir esas virtudes, mientras no nos anime fervientemente el propósito de llegar a serlo.

Por eso la Ética ha de reservar un lugar central a las emociones y el sujeto moral habrá de conocer su naturaleza si quiere que contribuyan a su propia excelencia. Pues bien, lejos de entenderse como impresiones que nos ocurren al margen de nuestra voluntad y ante las que nos limitamos a ser pasivos, los sentimientos son construcciones individuales y colectivas, fruto de nuestras propias categorías personales o sociales. Lo primero es saber que los afectos se gestan a partir de su componente cognitivo; que se desatan según sean las ideas y representaciones, los prejuicios y las valoraciones con que nos enfrentemos a la realidad. La misma situación que puede engendrar un irrefrenable afán de venganza, si los sujetos la juzgan una iniquidad producto del abuso o de la rapiña, puede también despertar una ola de agradecimiento en caso de que otros la entiendan como un gesto heroico de combatir la injusticia.

Una tarea ética primordial estriba, pues, en la formación de los sentimientos. Serán *apropiados* los que correspondan a la realidad, a una idea verdadera acerca de lo que hay. Pero serán *valiosos*, además, los sentimientos conformes con los valores morales; es decir, los que se eduquen según categorías morales universales, los que sepan distinguir lo que vale de lo que no vale, los que despierten emociones tendentes hacia nobles objetivos y contrarias a los perversos. Nos toca seleccionar y elegir aquellos sentimientos que convengan a nuestra virtud privada y propicien nuestra vida democrática.

Al encumbrar el sentimiento desnudo, el lugar común que comentamos cierra todo acceso al valor moral. Pero el gusto o disgusto que nos produce una acción no es un criterio ni seguro ni definitivo de juicio; la conducta moral no se deja guiar por el mero apetecer, sino por un querer que se enfrenta al apetito y lo va moldeando según un principio razonable. Entonces, sí; entonces el ideal moral consistiría en saber dónde radica en cada caso lo mejor, pero más aún en apetecerlo. Como escribe aque-

lla profesora, la ética «no es sólo un conocimiento de lo que se debe hacer, de lo que está permitido o prohibido, sino también un conocimiento de lo que es bueno *sentir*». Y lo bueno no es tan sólo sentir, como pregona hoy el tópico, sino sentir y consentir lo bueno (y disentir de lo malo).

De tan bueno parece tonto (1)

Puestos a precisar, habría múltiples casos en que el presunto bueno tan sólo lo aparenta y en realidad es malo. Cuando alguien permite sin rechistar ser víctima de la injusticia y no lucha por sus derechos ni por los de sus vecinos, no merece la consideración de hombre bueno. Tampoco cuando proclama que él no quiere «meterse con nadie», como si eso le acreditara por sí solo un aura de benevolencia y de hombre de paz. Seguramente le convendría mejor el título de pusilánime, acrítico o cobarde.

1. Abordamos este lugar común que acentúa el hecho de *ser* bueno más que el de *parecer* tonto, pero atribuye de hecho mayor importancia al parecer esto que al ser aquello. Cuando pronunciamos este juicio acerca de alguien, se diría que no estamos bastante seguros de su excelencia ni nos atrevemos a certificar su salud intelectual. ¿Y por qué parece tonto? Porque no hace el mal ni lo espera; ni se precave contra la malicia ajena ni pone en marcha la propia cuando se antoja oportuna.

Eso es justamente lo que nos lleva a dudar un tanto de su bondad. Esa persona da la impresión de carecer de esa pizca de doblez o de picardía que necesitaría para que, aunque suene a paradoja, le calificáramos en verdad de bueno. Diríamos que no lo es tanto, si no puede dejar de ser como es. O sea, que es bueno por su naturaleza o por unas condiciones favorables heredadas, y que eso tiene menos mérito que si fuera resultado de una elección y a menudo de una elección costosa... Ahora bien, neguemos enseguida la premisa mayor: nadie es bueno por nacimiento, sino mediante elección y decisión. Cosa distinta es que el hábito por el que alguien ha llegado a serlo acabe convirtiendo para él la práctica de la virtud en un ejercicio «natural» y gratificante. La genética no hace bueno a nadie. Siempre se re-

quiere el aprendizaje, el ejemplo, el ambiente, el entrenamiento...

De modo que, en el fondo, el tópico esconde quizá una cierta mala conciencia por parte de quien lo pronuncia. Por escépticos que nos creamos ante las posibilidades virtuosas de la condición humana, la presencia del bueno siempre nos choca por su ejemplo y la promesa de humanidad que contiene. Claro que a lo peor carecemos de órgano moral para detectar la superioridad en virtud que algunos atesoran, y entonces han de aparecer ante la mayoría como sin seso. Sólo si disponemos de tal órgano, pero nos resistimos a confesar nuestra satisfacción por la presencia de los buenos o nuestra admiración hacia los mejores, el resentimiento nos impulsará a lanzar contra ellos ese cargo de que «parecen tontos». Hace varios cientos de años, según cuenta Francis Bacon, los italianos ya decían «tanto buon che val niente» (*tan bueno que no vale para nada*). Entre parecer tontos los buenos y parecer malos nosotros, optamos por lo primero.

Y es que resulta imposible ser bueno por tonto, insisto, pero muy común suponer que algunos tontos lo son o lo parecen por pasarse de buenos. Como si hubiera una barrera entre ser una cosa u otra, y conociéramos su exacta ubicación, decimos que alguien *se pasa de bueno* porque en realidad nos sobrepasa en decencia o generosidad. Para merecer de veras el apelativo de bueno (y no sólo dar esa imagen) se requiere pensar y obrar con inteligencia, aunque muchos prefieren imaginar que la bondad es más bien producto de la estupidez o colindante con ella, una figura bastante usual de la simplicidad. El tópico expresa la convicción de que no siempre hay correspondencia entre la bondad y la racionalidad, y que muchas veces vale más la listeza que la inteligencia. El malo nos parece listo porque no subordina su racionalidad egoísta a la razón moral. El listo parece siempre más capaz que el bueno, por salir mejor parado del estado de necesidad: «ése es más listo que el hambre». Triunfo de la razón puramente pragmática sobre la razón práctica.

2. Por eso se oye tanto que, a fin de sobrevivir, hay que ser (o saber ser) malo. Lo escribió un superviviente como Primo Levi cuando condensa así su terrible experiencia en Auschwitz: «Sobrevivían los peores, es decir, los más aptos; los mejores han muerto todos». La diferencia es que Levi lo dice con la vergüen-

za de haberse salvado con méritos menores que muchos de los que se hundieron. El tópico, al contrario, alienta con impudor a salir adelante al coste de cualquier ignominia y de reprender a los que fracasan por empeñarse en vivir conforme a ideales morales. Maquiavelo ya había advertido que el hombre que quiera hacer una completa profesión de bueno «labrará necesariamente su ruina entre tantos que no lo son». De manera que, a poca ventaja que desee para sí, parece obligado tanto al hombre ordinario como al príncipe que «aprenda a poder ser no bueno» y a usar o no de esta capacidad a conveniencia. Desterrada toda consideración moral, poder ser *sólo* bueno representa una potencia menor que la de poder ser bueno y *también malo* según ordenen las circunstancias.

Pero entonces la expresión de marras puede delatarnos más de lo que nos gustaría. Todo lo que sea invocar comportamientos o argumentos morales allí donde nunca comparecen es un desafío que estaremos más dispuestos a atribuir a falta de entendederas que a un carácter justo. Portarse de modo decente en una sociedad a grandes rasgos indecente constituye una excepción que miramos con malos ojos porque nos descoloca o nos acusa, y tendemos a explicar como contraria al sentido común. *No se puede ser más tonto* que ese ingenuo a contracorriente, llegamos a exclamar con desasosiego, pues no es fácil concebir que sean sensatos (no digamos ya mejores) otros móviles diferentes de los mayoritarios. En lugar de cuestionar nuestra conducta gracias al luminoso contraste que nos ofrecen los mejores, resulta más cómodo cubrirles de sospechas. En lugar de desdeñar moralmente al tipo mutilado de persona que demanda el mercado, optamos por consagrar esos *referentes* personales frente a otros modelos que podrían acarrear nuestra expulsión del sistema productivo o del grupo de amigos.

Tanto en épocas pasadas como en la nuestra se expresa abiertamente una preferencia por el individuo malo, pero que sabe lo que hace, y no por el bueno pero de escasas luces. El diccionario de Flaubert ya incluía este lugar común: «INCAUTO. Mejor pillito que incauto». Se ofrece así una abierta disculpa de la malevolencia, se recupera un cierto prestigio para la malicia con tal que ésta actúe con cabeza. Claro que, según eso, el daño más ordinario, el que las personas comunes nos causamos unos a otros sin mala intención, debería dolernos mucho más que el

fruto de un plan complejo y premeditado de herirnos, aun cuando este daño fuera de mayor cuantía. No suele suceder así, pero lo llamativo es que nos mostremos dispuestos a otorgar a la perspicacia taimada que nos engaña o nos maltrata una mejor acogida que a la cortedad del juicio ajeno que no prevé las consecuencias dañinas de sus actos. El tonto, por ir a lo suyo sin más reflexión, puede hacernos daño, pero el más dotado nos lo hace a sabiendas, con plena lucidez. Por mucha admiración que prestemos a la inteligencia y hacia sus mejores ejemplares, no cabe abstraer de ella el *para qué* o el *hacia dónde* de su ejercicio. Si dejáramos de considerar ese fin, el criminal que pusiera su elevado coeficiente intelectual al servicio de un proyecto mortífero debería merecernos mayor reconocimiento (y si nos apuran, gratitud) que la buena persona, pero ilusa o ingenua...

De tan bueno parece tonto (2)

El descrédito del bueno, siempre próximo al del tonto, lleva estampado en su reverso una cierta inclinación a acreditar al malo cuando le acompañan altas dosis de inteligencia o de otras cualidades sumamente apreciadas. Por este derrotero desembocamos en una fórmula cercana hoy políticamente correcta: que la malignidad probada en la conducta de un individuo en nada merma los eventuales méritos de su obra intelectual o artística. Es lo que hace bien poco han proclamado algunos a propósito de Céline, por traer un ejemplo. A su parecer, el «odioso antisemitismo» de este extraordinario novelista francés y «su abierta colaboración con los nazis» no restan ni un ápice de su maestría literaria. Era un mal bicho, se conviene, pero sin duda genial. Algo muy parecido a lo que Orwell dijo de Dalí, a saber, que era un buen pintor y a la vez «un ser humano asqueroso».

1. Admitamos que los defensores de esos artistas no incurren en lo que el autor inglés llamó el *beneficio de clerecía*, no van tan lejos. Si la versión anterior ponderaba lo malo de ser bueno, no es que este otro venga a aplaudir lo bueno de ser malo. Sus defensores no piensan que el artista deba ser eximido de las leyes morales que se aplican a la gente común, sino todo lo contrario. Piensan que, siendo ese artista también un ciudadano y un ser humano, puede ser simultáneamente un tipo detestable y genial. A juicio de Orwell, «lo uno no invalida ni afecta de algún modo a lo otro». Yo creo que sí.

La cuestión que me atrevo a sugerir es si la misma excelencia artística no decae un tanto en alguien que lleva «una conducta ignominiosamente vil y rastrera». Esto no vale para el poseedor de valores más utilitarios o inferiores, como los técnicos o deportivos. Todo arranca de esta hipótesis: que, en la escala de va-

lores, el moral ocupa la cumbre y que su ausencia notoria en una persona rebaja la altura de otros valores superiores que pueda albergar. Que así ocurre lo revela nuestro irrefrenable escándalo ante la coincidencia en el mismo individuo de una enorme altura literaria o artística y de su deplorable bajeza moral. ¿O alguien negará la incomodidad y paradoja que ello le suscita?

Y es que, frente a los demás valores, lo peculiar del moral estriba en ser *universalmente exigible* si queremos vivir una vida propiamente humana. Que la honradez sea una demanda universal no significa que haya de ser el criterio preeminente para evaluar al artista o al científico como tales. Es un requisito, eso sí, para emitir un juicio más completo sobre su persona y su obra, y con mayor razón en caso de que la malignidad del autor se transparente en su obra. Entonces puede ser engañoso limitarse a decir que un gran hombre tiene luces y sombras, o que tiene sombras pero también luces. Cuando esas sombras son nubarrones de indecencia, las luces del gran hombre brillan algo más apagadas.

Lo que sugiero es que alguien tan sórdido no puede ser tan grande. Y probablemente en esos «tan», que encarecen al adjetivo, puede contenerse una clave de esta tesis. Ellos marcan un grado de intensidad del que depende la discordancia entre el mal bicho y el genio. No hay contradicción entre ser un malo corriente, un término medio de mala persona, y merecer a un tiempo el reconocimiento de su excelsitud en otros campos. Se puede ser igual de ruin que muchos y a la vez un destacado creador..., pero no un creador excepcional; o, al menos, no será fácil disipar la sospecha sobre esa excepcionalidad.

2. Se dice que en Céline convivían la más excelsa empresa creativa y la peor labor panfletaria, aun cuando es preciso deslindar una de otra. Pero una cosa es que sean deslindables mediante un ejercicio lógico de abstracción y otra que deban serlo en la vida real y en el juicio práctico que ésta nos merezca. Precisamente por no ser obligatorios, los demás valores son separables unos de otros..., pero no el moral, que siempre habrá de estar presente allí donde comparezca el hombre. Si separamos en un ser humano lo excelente de lo indecente, nos quedará tan sólo una excelencia abstracta. De suerte que, al delimitarlos, nos ahorramos el escabroso problema que suscita la coexistencia en

alguien o en su obra de valores tan enfrentados. Se sobreentiende entonces que lo admirable y lo aborrecible resultan incomparables y serían nada más que diferentes. Pero el caso es que, aun cuando en muchas ocasiones sus observadores huíamos de la comparación, los valores quieren ser comparados.

Uno se teme asimismo que esa tesis de la separación de los valores pueda esconder otro nuevo rostro del relativismo moral. En efecto, seguramente para todos resultará indudable la talla literaria de aquel escritor u otro de parecida grandeza. Pero no menos seguro será que de su calidad moral haya apreciaciones diversas según las escalas de valor de cada cual...

Tal vez se vea más claro mirando hacia otro ángulo del problema. Una vez desprendidos de su brutal cometido de acabar con la vida de un hombre, ciertos asesinatos podrían contemplarse asimismo como obras de arte y el asesino como un artista. ¿Diremos entonces que conviene discernir un aspecto del otro y juzgar cada uno por separado, como si el aspecto criminal no rozara ni empañara su aspecto estético? El genocidio judío en los campos de exterminio ha sido calificado también de una sumamente ingeniosa obra de ingeniería. ¿Nos atreveríamos a valorar esa ingeniería al margen de la doctrina que la justificó y de la matanza que produjo?

Más atrás ya quedó zanjado que no hay que disculpar a un gran artista de saltarse las exigencias éticas cuando para él los valores estéticos estuvieran por encima de cualesquiera otros. Sólo que la cuestión que nos importa es otra: si la labor creativa tiene límites morales que no cabe rebasar sin que lo bello amenace convertirse en repugnante. Al artista no se le pide nada que no debamos pedir a todo ser humano: que sea fiel a su humanidad. Porque la Humanidad no requiere tanto genios como hombres buenos. Se enriquece sin duda con los grandes creadores, pero más aún con los hombres dispuestos a llevar una vida justa.

